

## CAPÍTULO II

### EL DESCENDIENTE DE LOS CACTQUES

A la misma hora en que el estudiante de Teología se decidía á hacer alto en la hamaca en que lo hemos dejado, es decir, una hora antes de la caída del sol, dos hombres aparecían en las riberas de un pequeño río.

Era á medio camino entre el punto en que el dragón se despidió del estudiante y la hacienda de « Las Palmas » hacia la cual se dirigía.

A mitad de un estrecho valle, el río de que hablamos bordeado de fresnos y de sauces hasta cuyas ramas trepaban serpenteando haces de lianas en flor, deslizaba sus aguas límpidas sobre fina arena, al nivel del césped de sus orillas. A poca distancia del punto en que se detuvieron los dos nuevos personajes que van á entrar en escena, el río no parecía sino un espejo inmóvil hecho para reflejar el límpido azul del cielo ó un rincón del manto estrellado de la noche. Más allá, su aspecto volvíase salvaje entre rocas elevadas y cubiertas de vegetación en pleno vigor.

Desde la engramada orilla á donde habían llegado aquellos dos hombres, se oía distintamente, como la resaca del mar, el ruido imponente de una catarata del río.

El color y el vestido de uno de los dos interlocutores,

que parecían sostener una conversación llena de interés, revelaban claramente que era indio. Llevaba sobre el hombro una tosca carabina de cañón corto y enmohecido; dos gruesas trenzas de cabellos negros pendían de su cabeza sobre una especie de túnica de lana grisácea, rayada de negro, con mangas cortas que permitían ver sus brazos nerviosos color de cobre rojo; esta túnica, descendiendo hasta las caderas, estaba ceñida al talle por un cinturón de cuero. Las desnudas piernas del indio, salían de unos calzones cortos de piel de fiera; calzaban sus pies una especie de coturnos de cuero y cubría su cabeza un sombrero de junco tejido.

Era de gran estatura para un hombre de su raza; y sus facciones finas y vivas, nada tenían de esa expresión de servilismo común á los indios mansos. Los bigotes bastante espesos y un haz de barbas que sombreaban su rostro, daban á su fisonomía cierto aire de salvaje distinción.

Su compañero era un negro harapiento que nada tenía de notable, si no era el aire de credulidad estúpida con que escuchaba los discursos del Indio. De vez en cuando la expresión de su rostro denotaba un espanto mal contenido.

En el momento en que aquí presentamos al Indio y al negro, el primero se inclinaba, marchando con precaución hacia un lugar de la orilla despojado de hierba y cubierto de tierra arcillosa.

— Cuando yo decía — exclamó — que no tardaría media hora en encontrar sus huellas. ¿No decía bien? ¡Espérese, mire!

Y al pronunciar estas palabras con un aire de triunfo del que su compañero no parecía participar, el Indio le mostraba sobre la tierra húmeda, huellas muy recientes, capaces de causar, en efecto, sensación desagradable á un hombre que no hacía un oficio de la caza de fieras.

Eran grandes huellas en que cada dedo se hallaba fuertemente impreso en el suelo barrioso. Se veía hasta una veintena de diferentes tamaños. Lo que concluía por

hacer particularmente terrible este descubrimiento, era que el agua de una laguneta vecina del río, estaba aún amarillenta, lo que indicaba que no había habido tiempo de que recobrase su limpidez primitiva.

— No hará media hora que han venido á beber aquí — continuó el Indio — porque el agua está agitada aún, como Ud. mismo puede verlo. Trate de contar cuántas hay.

— Preferiría irme — replicó el negro por cuyos ojos pasó una nube y que en vano procuraba obedecer al Indio contando las pisadas. ¡Jesús María! ¡ Toda una procesión de tigres!

— ¡Oh! Ud. exagera. ¡Vamos, contemos! Uno, dos, tres, cuatro: el macho, la hembra y dos cachorros. No hay más, nada más. ¡Ah, esto es magnífico para un *tigrero*!

— ¿Así le parece á Ud.? — dijo el negro con lamentable tono.

— Sí; y sin embargo no los cazaré ahora: tenemos algo mejor que hacer los dos.

— ¿No podríamos darnos cita para otro día y regresar á la hacienda? Tengo curiosidad por ver las cosas maravillosas que Ud. me ha prometido...

— ¡Consentir en diferir por un día! Eso no se puede, porque eso sería partida postergada para un mes, ahora mismo le diré por qué; y dentro de un mes estaremos lejos de aquí. Sentémonos.

Y juntando la acción á la palabra, el Indio se sentó á algunos pasos del lugar en que sostenían este diálogo; y de buen ó mal grado, el negro tuvo que imitarlo. Sin embargo, parecía poner una atención tan distraída, y tanto erraban sus ojos con ansiedad visible por todos los puntos del horizonte, que el *tigrero* creyó deber tranquilizarlo de nuevo.

— Nada tiene Ud. que temer, Clara, se lo aseguro — repitió el Indio al negro. El tigre, la tigra y sus dos cachorros, como tienen todo el curso de este río para apagar su sed, no se aconsejarán para venir á beber junto á

nosotros y mucho menos para buscarnos camorra; ¿acaso no acaban de beber?

— He oído decir que son muy ávidos de la carne de negro — dijo el negro extravagantemente llamado con el nombre femenino de Clara.

— Es una preferencia de que Ud. se enorgullece vanamente.

— Diga Ud. mejor que le tengo un miedo horrible.

— ¡Pues bien! Esté Ud. tranquilo: no hay en todo el Estado un jaguar tan tonto para preferir una piel negra y dura como la suya, á la carne de las terneras ó de las pollas que puede procurarse á su gusto y sin peligro alguno. Los jaguares que viven por aquí, se reirían mucho si le entendieran á Ud.

— Se reirían más de Ud. — replicó el negro que parecía querer excitar las pasiones del Indio y jugar una mala partida á los animales feroces que lo inquietaban.

— ¿Y por qué? Sepa Ud. que ni hombres ni tigres se reirían impunemente de Costal.

— ¿Por qué? ¡Demonio! porque hallarian muy divertido que Ud. que es *tigrero* de oficio y pagado por el señor don Mariano Silva para cazar y destruir á los jaguares que devoran su ganado tierno, no se pusiera en persecución de esta pareja cuyas huellas acaba Ud. de enseñarme en las orillas de este río.

— Esté Ud. seguro de que nada perderán con esperar: yo sabré siempre encontrar otra vez sus huellas; y jaguar cuya guarida encuentro, es jaguar muerto. Pero no me pondré á la caza antes de mañana. Hoy es día de luna nueva, día en que, sobre la espuma de las cataratas y en la superficie de los lagos desiertos, aparece, á los que se atreven á invocarla con valiente corazón, la Sirena de los cabellos torcidos.

— ¿La Sirena de los cabellos torcidos? — repitió el negro.

— La que revela el lugar de las cuevas de oro en los llanos ó en medio de las montañas y que indica los bancos de perlas en las costas del mar.

— ¿Y está Ud. seguro de eso? ¿Quién se lo ha dicho?  
— preguntó Clara en un tono en que la credulidad combatía con la duda.

— Mis padres me han transmitido este secreto — respondió el Indio solemnemente — y Costal cree más en la palabra de sus padres que en la de los padres cristianos, aunque aparente creer lo que ellos le enseñan. ¿Por qué Tlalóc y Matlacuezc, las divinidades de las aguas y de las montañas, no habían de ser dioses tan poderosos como el Cristo de los blancos?

— No diga eso tan alto — dijo vivamente el negro persignándose con devoción ante tal blasfemia; — los padres cristianos lo oyen todo y la inquisición tiene calabozos para los hombres de todos los colores.

Al recuerdo de la inquisición evocada por el negro, el Indio bajó la voz involuntariamente.

— Mis padres me han enseñado — continuó — que las divinidades de las aguas no se aparecen jamás á un hombre solo: es preciso que sean dos para invocarlas, dos hombres de valor igual, pues á veces su cólera es terrible. ¿Quiere Ud. ser el compañero que yo necesito?

— ¡Hum! — dijo Clara — puedo vanagloriarme de no haber tenido demasiado miedo de los hombres; no diría lo mismo de los tigres; y en cuanto á esas divinidades, que bien podrían ser el diablo en persona, no me atrevería á afirmar...

— Ni hombres, ni tigres, ni diablo deben causar miedo á quien tiene el corazón verdaderamente fuerte — replicó Costal — sobre todo cuando el precio de su valor debe ser el oro, que de un pobre Indio puede hacer un señor.

— ¿Y de un negro también?

— Sin duda.

— Diga más bien que el oro no serviría mejor á un Indio que á un negro, esclavos los dos; y á quienes sus dueños despojarían — dijo el negro con desconsuelo.

— Ya lo sé; pero la esclavitud de los Indios toca á su fin. ¿No ha oído Ud. decir que en tierra adentro, un

padre ha proclamado la emancipación de todas las razas, la libertad para todos?

— No — respondió Clara demostrando su absoluta ignorancia de los asuntos políticos.

— Sepa pues que se aproxima el momento en que el Indio será igual al blanco, el criollo al español, y en que un Indio como yo, será su superior — añadió Costal orgullosamente; el esplendor de nuestros padres va á renacer, y he aquí por qué tengo necesidad de ser rico y por qué pienso ahora, después de haberlo desdeñado hasta hoy como cosa inútil en las manos de un esclavo, en buscar el oro que en manos de un hombre libre, le servirá para levantar la gloria de sus antepasados.

Clara no pudo menos de echar una mirada de asombro sobre Costal; no le sorprendió menos la expresión de salvaje grandeza que revelaba la fisonomía del tigrero, vasallo de la hacienda de Las Palmas, que su pretensión de renovar el esplendor de su familia.

No escapó esta mirada al cazador de jaguares.

— Amigo Clara — dijo al instante — escuche Ud. un secreto que, en la humilde condición en que me ve, he guardado durante un número de años suficiente para ver cincuenta veces sucederse la estación de las lluvias á la estación seca y que podrán confirmarle, si fuese necesario, todos los de mi casta y de mi color.

— ¡Ud. ha visto cincuenta veces la estación de las lluvias! — exclamó el negro sorprendido y viendo atentamente al Indio, cuyo rostro y cuyos miembros no parecían acusar más de treinta años.

— Todavía no — dijo Costal sonriendo — pero poco falta; y yo veré otras cincuenta, pues los presagios me han dicho que llegaré á la edad de los cuervos.

Luego, mientras el negro cuya curiosidad era excitada por las revelaciones que oía, le escuchaba con atención, el tigrero continuó, describiendo con el brazo extendido un círculo que comprendió los cuatro puntos cardinales:

— De todo el espacio que un jinete pudiera recorrer desde que sale el sol hasta que se pone, del este al oeste,

del sur al norte, no saldría de la tierra en que durante largos años, antes de que los barcos de los blancos hubiesen abordado nuestras costas, los caciques zapotecas reinaron como señores soberanos. Los dos mares que bañan las riberas opuestas del Istmo de Tehuantepec, eran los únicos límites de sus dominios; millares de guerreros seguían su bandera y se apiñaban tras las plumas de su penacho de guerra. Del océano del norte al océano del sur, les pertenecían los bancos de perlas y las cuevas de oro; el metal que codiciaban los blancos, brillaba en sus armaduras y en las sandalias con que se calzaban: no sabían qué hacer con él, en tanta abundancia lo tenían! ¿Qué ha sido de los caciques de Tehuantepec, tan poderosos en otro tiempo? Sus súbditos han sido asesinados por los cañones de los blancos ó enterrados en las minas; y los conquistadores se repartieron á los que han sobrevivido. Cien aventureros se han convertido en señores poderosos, tomando cada cual un jirón de los vastos dominios conquistados; y hoy, el último descendiente de los caciques, se ve reducido para subsistir, á ser esclavo de un señor, á exponer diariamente su vida por destruir los tigres que asuelan los rebaños de que están llenos los llanos y las montañas, antes de propiedad de sus padres, y en las cuales, apenas si el lugar en que se halla su choza le pertenece!

El Indio habría hablado aún largo tiempo sin que el negro osase interrumpirle. El asombro y una especie de respeto involuntario, le tenían mudo. Quizá no había sabido nunca que una raza poderosa y civilizada, había sido reemplazada por los conquistadores españoles; y en todo caso, estaba muy lejos de esperar con encontrarse en el tigrero, más pagano que cristiano que le inculcaba sus supersticiones indias, al descendiente de los antiguos señores de Tehuantepec.

En cuanto á Costal, la descripción á la vez pomposa y verdadera que acababa de hacer del poderío de sus abuelos, le sumergió en un sombrío silencio. Con los ojos bajos hacia la tierra, como aquellos que hacen un

recuerdo profundo del pasado, ni se fijaba en el efecto que producían sus revelaciones sobre su compañero de aventuras.

El sol se inclinaba más y más hacia el horizonte cuando un prolongado y agudo maullido terminado por un rugido cavernoso que parecía surgir de los montes más lejanos, sobre la orilla del río, vino á retumbar en los oídos de ambos interlocutores y á hacer pasar al negro del asombro, al más vivo de los espantos.

El Indio no se movió ni hizo un gesto, en tanto que el negro saltó sobre sus pies exclamando:

— ¡Jesús María! ¡El jaguar!

— ¡Y bien! ¿qué? — dijo tranquilamente Costal.

— ¡El jaguar! — repitió Clara.

— ¿El jaguar? Ud. se equivoca.

— ¡Dios lo quiera! — exclamó el negro, atreviéndose apenas á creer que se hubiese engañado.

— Se equivoca Ud. en el número: hay cuatro, contando con los dos cachorros.

Convencido de su equivocación á este respecto, Clara, con los ojos encendidos por el terror, hizo ademán de huir hacia la hacienda.

— ¡Cuidado! — dijo Costal que parecía divertirse con el miedo de su compañero — dicen que los tigres son muy ávidos de la carne de negro.

— Ud. me ha dicho lo contrario.

— Quizás tenga yo falsos datos acerca de las costumbres de estos animales; pero lo que sé positivamente por haber hecho cien veces la experiencia, es que cuando el macho y la hembra están juntos, es muy raro que bramen así cerca del hombre: hay probabilidad de que están separados. Ud. correría el peligro de encontrarse entre dos fuegos, á menos por su puesto, de que no quiera procurarles el gusto de cazarlo.

— ¡Dios me ampare!

— Entonces, lo mejor que Ud. puede hacer es quedarse aquí junto á un hombre que no les tiene miedo.

El negro vacilaba aún, cuando un segundo bramido

no menos cavernoso que el primero, se dejó oír en dirección contraria, confirmando las aseeraciones del tigrero.

— Ya ve Ud. que están en campaña, que se han dividido el terreno y que se dan la voz de alerta. Ahora, si el corazón se lo dice — agregó Costal haciendo con la mano seña al negro de que podía huir — librese!

Convencido Clara de que el peligro estaba por delante y por detrás, pálido á la manera de los negros, es decir: el rostro transformado de negro en gris obscuro, se aproximó temblando todo á su imperturbable compañero cuya mano ni un ademán había hecho hacia la carabina que á su lado reposaba sobre la hierba.

— Este camarada no me parece muy bravo — se dijo el Indio; pero me contentaré con él hasta que encuentre uno más intrépido. Luego, volviendo al curso de sus pensamientos, interrumpido por los bramidos de los jaguares, agregó en alta voz: ¿Quién es el Indio, quién es el negro que no ofrecerá su brazo al padre sublevado contra los opresores que han hecho de los Zapotecas, de los Mexicanos, de los Aztecas esclavos para servirlos? ¿No han sido ellos con nosotros más feroces que los tigres?

— Esos me dan menos miedo — murmuró el negro.

— Mañana diré al señor que busque otro tigrero — continuó Costal — é iremos á unirnos con los insurgentes del Oeste.

— Ud. debería librarlo para lo de adelante de estos dos animales — dijo Clara que les conservaba rencor.

No bien hubo concluido el negro, cuando los jaguares de que hablaba, cual si hubiesen querido poner una última prueba á la paciencia del tigrero zapoteca, lanzaron un tercer bramido que se dejó oír en la misma dirección, es decir aguas arriba del río que corría á los pies de los dos amigos.

A los terribles acentos que retemblaron en sus oídos como un grito de desafío, los ojos del Indio se dilataron y la fiebre irresistible de la caza brilló en sus pupilas.

— ¡Por el alma de los caciques de Tehuantepec! gritó — es demasiado tentar la paciencia humana; y voy á enseñar á estos dos habladores, á no conversar tan alto de sus asuntos. Venga, Clara, va Ud. á saber lo que es un jaguar visto de cerca.

— Pero yo no tengo armas — exclamó el negro espantado quizá más de ir á cazar á los tigres que de dejarse cazar por ellos. Cuando le hablé de purgar las tierras de la hacienda de estos dos demonios, no fué para acompañarlo: lo juro por todos los santos del paraíso.

— Escuche, Clara; el animal que bramó primero es el macho que llama á su hembra. Debe estar muy lejos de aquí río arriba; y como no hay en toda la extensión de la hacienda una corriente de agua en que no tenga, para las necesidades de mi oficio, una piragua ó una canoa...

— ¿Tiene Ud. aquí? — interrumpió Clara.

— Seguramente; y nos va á servir para remontar el río. Tengo mi idea; Ud. verá; pero esperando, no corre Ud. ningún peligro.

— Dicen que los jaguares nadan como focas — murmuró el negro.

— No lo puedo negar. Vamos, venga de prisa.

Diciendo estas palabras, el tigrero selanzó al punto en que estaba amarrada la embarcación; y Clara, prefiriendo el peligro de acompañar al cazador al de quedarse solo, le siguió al trote, maldiciendo en el fondo de su alma la imprudencia que cometiera excitando á Costal para ponerse á la caza.

Algunos instantes después, el Indio desataba los nudos de la cuerda que retenía su piragua á las raíces de un sauce. Era un *cayuco* vaciado en el tronco de un árbol; pero bastante grande para contener dos personas en caso necesario. Dos remos cortos servían para manejarlo en los pasos más anchos como en los más estrechos. Un pequeño mástil provisto de una estera de cañas para hacer las veces de una vela en caso de necesidad, se hallaba

depositado en el fondo de la pequeña embarcación. Costal la arrojó sobre la orilla como inútil en esta ocasión; y colocándose adelante mientras el negro se sentaba atrás, dió á la piragua tan vigoroso impulso, que la hizo deslizarse en medio del río remontando la corriente.

Los sauces y los fresnos alargaban ya sus grandes sombras sobre las aguas que muy pronto iluminarían los últimos rayos del sol. Las cañas que bordeaban las orillas temblaban á impulsos de la brisa del desierto que sopla en libertad como el viento de los mares y parece llevar con ella el embriagante perfume de la independencia.

Indio y cazador, Costal la aspiraba por todos sus poros.

En cuanto á Clara, si temblaba como los juncos de las orillas, era más de miedo que de entusiasmo; y el espanto impreso en sus facciones, contrastaba tanto con el calmado continente del tigrero, como las masas negras proyectadas por la sombra de los árboles con las nubes de púrpura que retrataba el río en su curso.

La embarcación siguió desde luego las sinuosidades de las riberas que limitaban la vista de los navegantes. A veces, los árboles encorvados retorcián sus troncos sobre las aguas; y el negro esperaba ver lucir en cada uno de ellos, los ojos de una bestia feroz próxima á lanzarse sobre la piragua.

— ¡Por Dios! — decía el negro temblando cada vez que la embarcación se aproximaba á esos árboles inclinados sobre el agua — no pasemos tan cerca. ¿Quién sabe si el enemigo está escondido tras esos matorrales?

— Tengo mi idea — respondía Costal.

Y el Indio hacía bogar su canoa con brazo vigoroso, sin parecer inquietarle los peligros que los bravíos sauces pudieran ocultar.

— ¿Cuál es su idea? — preguntó por fin Clara.

— Una idea muy simple que Ud. aprobará.

— ¡Veamos!

— Hay dos jaguares; no hablo de los pequeños; como

Ud. no tiene armas, aquéllos le verán y entonces Ud. coge uno en cada mano por la piel de la nuca y les hará pedazos los cráneos golpeando al uno contra el otro. Nada más simple.

— Por el contrario, eso me parece complicadísimo; y además, ¿cómo podría yo correr bastante de prisa para cogerlos?

— Ellos le economizarán á Ud. este trabajo arrojándose sobre Ud., pues indudablemente dentro de un cuarto de hora, tendremos á los cuatro sobre los brazos.

— ¡Los cuatro! — exclamó el negro saltando tan violentamente que imprimió á la débil piragua un movimiento de oscilación que por poco la hace zozobrar.

— Sin duda — replicó Costal ladeándose rápidamente para hacer contrapeso. Tal es mi idea como la única manera de abreviar la lentitud de la cacería. ¿Qué quiere Ud.? Cuando el tiempo precisa, se hace lo mejor que se puede. Así pues, como decía cuando Ud. me interrumpió, hay dos tigres, uno á la izquierda y el otro á la derecha. Como estos animales quieren juntarse, así lo indican sus voces, es claro que si nos ponemos entre los dos, se lanzarán al mismo tiempo sobre nosotros. Lo desafío á que me pruebe lo contrario.

A decir verdad, no pensaba más en ello; una convicción profunda de la infalibilidad de las predicciones de Costal le hacía guardar completo silencio.

— ¡Atención, Clara! — Vamos á doblar esa punta en que los árboles ocultan la vista de la llanura; Ud. me dirá si se ve el animal que buscamos.

En efecto, en la posición que ocupaban los dos compañeros en la piragua, sentado atrás el negro, no tenía que hacer sino mirar hacia adelante, mientras que el Indio se veía obligado á volverse á cada momento. Por lo demás, el rostro del negro era para él como un espejo que le advertía fielmente lo que le interesaba saber.

Hasta allí, los ojos del negro no habían expresado sino un vago terror, sin causa determinada, cuando en el instante en que la canoa hubo franqueado el último codo

de la orilla, una angustia profunda y súbita se pintó en todas sus facciones.

El Indio que estaba en guardia, volvió rápidamente la cabeza. Un llano inmenso, en que el río se deslizaba sin barreras entre dos orillas sin árboles, se extendía á izquierda y á derecha sin que nada impidiese á la vista hundirse en el horizonte ilimitado. Muy lejos de los dos cazadores, el río casi se replegaba sobre sí mismo, para formar un delta verde al extremo del cual pasaba el camino que conducía á la hacienda de las Palmas.

— Vea, Clara — dijo soltando los remos en las manos del negro y arrodillándose en el fondo de la canoa y tomando en la mano la carabina — jamás sus ojos han contemplado un espectáculo tan hermoso.

Clara tomó maquinalmente los remos y no respondió nada. Dilatados los ojos, la boca entreabierta, mudo ante el cuadro que devoraban sus ojos, parecía fascinado como el pájaro por la serpiente de cascabel.

Asido al cadáver flotante de un búfalo al que devoraba, uno de los jaguares, aquel cuya voz había advertido á su hembra, se dejaba dulcemente arrastrar por la corriente de las aguas. Alargada la cabeza, apuntalado con sus patas delanteras, replegadas las de atrás bajo el vientre y el dorso hinchado en una ondulación potente y flexible á la vez, el animal, rey de los llanos de América, dejaba reverberar á los rayos moribundos del sol, su piel vivida, constelada de manchas negras.

Era una de las más bellas escenas salvajes que las sabanas presentan diariamente á los ojos del cazador y del Indio, magnífico episodio del poema eterno que el desierto rumora á sus oídos.

Un estertor profundo terminado por un rugido semejante al trompetazo desapacible de un oficleide, se escapó del pecho del jaguar y deslizándose por la superficie de las aguas, llegó hasta los dos navegantes. Había advertido á sus enemigos y les desafiaba. Costal le respondió con un grito de reto, como el sabueso que oye la trompa de caza repercutir sus sonos al eco de los bosques.

— Es el macho — dijo con voz temblorosa.

— ¡Tírele! exclamó el negro encontrando por fin la palabra.

— ¡Tírarle! respondió Costal; mi carabina no llega tan lejos; y además no soy diestro sino disparando á boca de jarro. Y luego, no podría coger á la hembra; mientras que esperando un minuto, Ud. la verá saltar á nuestro lado escoltada por sus dos cachorros.

— ¡Dios me ampare! — murmuró el negro, espantado del plan de Costal que se realizaba en parte, pues un lejano bramido precedió en un segundo la aparición del otro jaguar á la extremidad de la sabana. Algunos saltos dados por la hembra con soberana agilidad, la pusieron á doscientos pasos de la orilla y de la piragua.

Allí se detuvo, la nariz al viento sorbiendo el aire, vibrantes las corvas como una flecha que tiembla aún después de ensartarse en el blanco, al mismo tiempo que sus dos cachorros se agrupaban á sus lados.

Mientras tanto, la canoa privada de sus remos, derivaba dulcemente en remolino, guardando siempre la misma distancia con el tigre acurrucado sobre el cadáver del búfalo medio hundido entre el agua.

— ¡Por todos los diablos! — exclamó el Indio impaciente — mantenga la canoa al haz de la orilla; de otra suerte, no nos juntaremos nunca el jaguar y yo. Allá... muy bien; ¡enhorabuena! firme la mano; es preciso que no se desvíe la mía. Es necesario que mate al animal del primer tiro; de otra suerte, uno de nosotros es perdido, pues tendríamos que luchar con el macho herido y con la hembra llena de vida.

El jaguar descendía tranquilamente en la corriente del río sobre su pedestal flotante; y la distancia iba estrechándose poco á poco entre la piragua y él. Ya se podían distinguir claramente sus ojos de fuego rodando dentro de las órbitas y las ondulaciones de su cola que se agitaba como una serpiente. El Indio le apuntaba al morro, é iba ya á soltar el gato de la carabina, cuando la pira-

gua comenzó á moverse tan extraordinariamente que parecía agitada por las olas del mar.

— ¿Qué diantres está Ud. haciendo, Clara? — exclamó el Indio con cólera; así me será imposible coger toda una manada de tigres.

Pero sea que Clara lo hiciese de intento, sea que el terror turbase sus sentidos, las oscilaciones se hacían más y más violentas bajo su convulso remo.

— ¡El diablo se lo lleve! — exclamó de nuevo el Indio — lo tenía allí entre los dos ojos!

Y soltando la carabina, arrancó los remos de manos de Clara.

Hasta que hubo transcurrido un largo minuto, pudo reparar la torpeza de su compañero; é iba ya á tomar otra vez su arma, cuando el jaguar lanzó un formidable rugido; luego hundiendo sus filudas garras en el cadáver del búfalo arrancó un pedazo sangriento, dió un salto terrible y en tanto que el cuerpo flotante se hundía arremolinándose entre el agua, para reaparecer diez pasos más allá, el tigre llegó á tierra de un brinco, en la orilla en que estaba la hembra.

El Indio soltó un vano juramento de pagano; ya no era tiempo: algunos saltos más y el tigre estuvo pronto junto á su compañera, lejos del alcance de la carabina.

La feroz pareja pareció vacilar un momento; y lanzando un doble rugido de amenaza, al cual se unieron los de los dos cachorros, al fin los cuatro se alejaron corriendo á saltos hacia los límites del horizonte.

— ¡Vayan, vayan, pícaros! Ya los encontraré otra vez! — gritó Costal sin poderse contener, á pesar de su contrariedad, de seguir con los ojos á esos habitantes del desierto que, en su rápida carrera, parecían apenas rozar la hierba de la llanura.

— ¡Es igual! — dijo el Indio dirigiéndose á Clara, cuyos ojos brillaban de contento — puede Ud. lisonjearse de haberme hecho desperdiciar una hermosa pareja de jaguares.

Y Costal remó con más vigor para ganar otra vez el punto en que se habían embarcado.

El río arrastraba aún el cadáver del búfalo en sus aguas sombrías; y ya los dos jaguares habían desaparecido entre la bruma roja...